

El libro como medio de comunicación

Adriana de Teresa Ochoa

Introducción

Gracias al trabajo de lingüistas, filósofos y psicólogos sabemos que el lenguaje es un instrumento fundamental en la aprehensión intelectual de lo que nos rodea. A través del lenguaje el mundo deja de parecer caótico, meramente continuo y contingente, para presentársenos dotado de estructura y orden. Existe una relación esencial entre pensamiento y lenguaje, por lo que el desarrollo de las habilidades lingüísticas (escuchar, leer, hablar y escribir) proporciona herramientas invaluable a todo el que quiera incursionar en el terreno del conocimiento, sea cual sea la disciplina elegida.

Uno de los problemas al que una sociedad como la nuestra debe enfrentarse es el analfabetismo funcional de grandes sectores de la población. Es decir, mucha gente que, si bien aprendió a leer y escribir, no tiene la capacidad para comprender un texto o expresarse mediante la escritura. Esto implica la carencia tanto de un código para la expresión escrita como de los instrumentos de análisis para leer. Y es que la presencia cada vez mayor de otros medios, particularmente de la televisión, ha relegado a estas dos actividades a un segundo plano.

Los comúnmente llamados medios masivos de comunicación ofrecen sistemas de simbolización distintos al de la letra escrita y se oponen a este último, pues controlan los efectos de un texto por la vía de la pasividad, en tanto que la lectura requiere, necesariamente, la actividad del sujeto.

La lectura contribuye de manera importantísima a desarrollar la competencia comunicativa del lector, es decir, a conocer las alternativas y las reglas de múltiples códigos lingüísticos que permiten insertarse adecuadamente en situaciones concretas de comunicación. Y es que la competencia comunicativa implica saber también qué decirle a quién y cómo decirlo según la situación. Cada comunidad cuenta con la variedad de códigos y maneras de hablar que sus miembros pueden seleccionar y que son parte de su repertorio comunicativo.

Lo que un individuo conoce lingüísticamente es crucial para su integración social y para su actividad dentro de una sociedad. Tal vez debamos recordar que la palabra comunicación está emparentada etimológicamente con comunidad.

Puesto que el lenguaje es un código compartido y no sólo individual, podemos aprender comparando concepciones del mundo, discutiendo con otras personas, escuchando y leyendo. El mundo de las ideas y las relaciones lógicas no es independiente del lenguaje: ni siquiera podemos imaginar hasta qué punto una persona sin lenguaje está en desventaja intelectual y cultural, ya que éste no es simplemente un vehículo para

proporcionar información a otra persona, sino que, además de determinar la forma en que estructuramos la realidad, también constituye un eslabón entre los miembros de una sociedad. Y es que todos los aspectos de la cultura tienen que ver con la comunicación, y muy especialmente la estructura social, los valores y actitudes sobre la lengua y la manera de hablar, la red de categorías conceptuales que resultan de experiencias compartidas y las formas en que el conocimiento se transmite de generación en generación y a nuevos miembros del grupo.

Por todo lo anterior, es evidente que la lengua escrita es un instrumento privilegiado para la transmisión de conocimientos y valores culturales, por lo que el desarrollo de las habilidades de lectura es cuestión básica para que los estudiantes participen de la comprensión y producción lingüísticas. En este contexto es urgente reconocer en el libro un instrumento que brinda múltiples posibilidades de trabajo. Además, frente a los otros medios de comunicación posee varias ventajas: es manejable, permite un contacto físico directo entre el lector y el texto, puede ser trasladado a cualquier lugar y sin requerimientos de espacio ni instalaciones costosas. Así entonces, pese a que algunos afirman que su fin está cerca, el libro todavía constituye el principal soporte para la transmisión y acumulación de experiencias, conocimientos y obras artísticas de la humanidad. Particularmente en países como el nuestro, en el que existe un gran número de comunidades a las que no han llegado los adelantos más recientes en materia de informática, el libro desempeña un papel principal en las tareas educativas.

El presente trabajo está dividido en tres apartados: el libro, la biblioteca y la lectura; pretende ofrecer a los profesores un espacio de reflexión en el que el libro se concibe como instrumento de trabajo a partir de sus características materiales, de algunos aspectos relevantes de su evolución y de la función que ha tenido en la historia de nuestra cultura. Se pretende también destacar la importancia de las bibliotecas, no sólo como recintos donde se custodian los acervos bibliográficos, sino en función de la relación que se establece entre el texto que se lee y los aspectos físicos y ambientales del lugar en que se realiza la lectura por último, se abordan algunas cuestiones en torno a la lectura, entendida como una actividad de decodificación y construcción de significados y sentido a partir de un texto dado. En resumen, se desea brindar las herramientas conceptuales para trascender aquella lectura que se reduce a un saber mínimo y elemental, que se agota en una relación inmediata y superficial del lector con la lectura; en vez de ello se propone otra lectura que ponga en juego todas sus normas y posibilidades, es decir, una lectura crítica. Asimismo, es importante señalar que los profesores tienen la posibilidad de propiciar que los estudiantes se aproximen en forma placentera y lúcida a la lectura, particularmente de textos literarios, lo cual redundará positivamente en el desarrollo tanto de su capacidad de abstracción como de su creatividad.

Hay que dejar de considerar a la lectura únicamente como vehículo de transmisión y recepción de la información contenida en un texto, ya que posee, en sí misma una innegable productividad, en el de que convoca una pluralidad de planos y registros mayor de los que literalmente manifiesta. Por ello, Noé Jitrik* la define como una actividad que se erige como una construcción entre individuo y texto y que está determinada por diversos factores culturales que orientan y definen las expectativas de lectura y los resultados del proceso.

Si logramos verdaderamente orientar a los estudiantes para que realicen una lectura que alimente la imaginación, estimule la afectividad, enriquezca el conocimiento, además de que se verifique como capacidad de establecer una relación a partir del objeto sobre el que se realiza y los ámbitos a los que se refiere, habemos sembrado la posibilidad de transformar el mundo en el que vivimos para hacerlo un mejor lugar.

* Noé Jitrik, "Cuando leer es hacer", en Lectura y cultura, Mexico, UNAM, 1987 (Biblioteca del editor).

El libro

El libro como objeto

Tal como quedó establecido en la introducción, el conocimiento y uso de los libros es vital para toda la vida académica. Conocer sus diversas partes, sabiendo qué esperar de cada una, permite al lector servirse mejor y más racionalmente de ellas. Es importante que, en primera instancia, los estudiantes perciban y valoren el libro en su materialidad, aprendiendo a observar sus características físicas (tamaño, peso, calidad del papel, disposición del texto en la página), además de los elementos paralingüísticos (los gráficos y las fotografías, entre otros).

Toda lectura supone, en una primera aproximación, la ubicación del texto en un espacio, así como el reconocimiento de marcas gráficas (palabras, números) y de todos aquellos elementos que engloban la noción que Gérard Genette denomina como paratexto. Los paratextos son los elementos que contribuyen a hacer de un texto un libro; garantizan una mejor recepción y una lectura más accesible y pertinente. Como paratextos podemos considerar todos los elementos que no forman parte del cuerpo de la obra: el título, el subtítulo, el nombre del autor o de los autores, los índices, el prólogo, la introducción, las conclusiones, la editorial, el lugar y fecha de publicación, etcétera.

Los paratextos están íntimamente relacionados con las llamadas partes del libro, las cuales pueden reducirse a: carátula o cubierta, lomo, portada y contraportada, todas ellas en función del lugar donde se ubican los elementos necesarios para la elaboración de fichas bibliográficas y la clasificación del libro en la biblioteca.

Breve historia del libro

Si bien estamos familiarizados con una concepción del libro en tanto objeto, es preciso darnos cuenta de que su forma y su función en la sociedad han sufrido transformaciones importantes a lo largo de la historia. Por ello, resulta pertinente hacer un recuento retrospectivo de dicho proceso para entender y valorar también su vida futura.

Desde la más remota antigüedad, los libros han constituido el instrumento por excelencia para la transmisión de experiencias y conocimientos entre las diferentes generaciones y los diferentes pueblos y culturas; asimismo, han contribuido a dar un carácter acumulativo a las adquisiciones científicas, técnicas y artísticas de la humanidad. Los libros son, a la vez, en cuanto objetos, vehículos de transmisión cultural y soportes para la expresión artística.

La historia del libro suma aproximadamente 5000 años; se han conservado muy pocos vestigios que puedan proporcionarnos información suficiente sobre su uso más remoto. Hacia el tercer milenio antes de Cristo, en culturas como la egipcia, la china y la sumeria se utilizaban el papiro, la seda y las tablillas de barro, respectivamente, para registrar diversas informaciones. En otros lugares y periodos de la historia se emplearon tablillas de madera o de marfil recubiertas de cera, tela y cuero, pero quizá antes que ninguno de estos materiales se usó la corteza de árbol; precisamente las palabras *byblos* y *liber*, que en griego y latín son equivalentes de libro, significaban en su origen corteza.

Como ya se ha señalado, los egipcios aprovecharon el tallo de una planta —el papiro— en la elaboración de finas tiras superpuestas en capas paralelas en las que, una vez secas, se podía escribir. Al producto terminado también se le llama papiro. Se trata de un material tan flexible que puede muy fácilmente ser enrollado, por lo que el libro egipcio tuvo siempre la forma de rollo. Hacia el tercer milenio antes de Cristo la fabricación de papiro alcanzó una perfección que nunca después pudo ser superada. Sin embargo, se trata de un material demasiado frágil, entre cuyos principales enemigos se encuentran los insectos y, sobre todo, la humedad; por ello sólo unos cuantos han podido ser conservados en museos y bibliotecas.

Egipto exportó rollos de papiro a Grecia a partir del siglo VII antes de Cristo y su uso se generalizó dos siglos después. Los griegos llamaron a la hoja de papiro *chartes*, palabra que pasó al latín como *charta*; en tanto la hoja escrita se llamó en griego *biblion* y el rollo de papiro, *kylindros*. A partir de la anexión de Egipto al Imperio Alejandrino, la cultura y la vida espiritual griegas florecieron en suelo egipcio. Desde entonces, el mundo de la cultura griega estuvo como nunca bajo el signo del papiro. Sin embargo, se conocen diversos testimonios en el sentido de que la palabra escrita tan sólo se consideraba un sucedáneo de la palabra oral; tal es el caso de Platón, quien afirmaba que los libros son como las estatuas, ya que si bien parecen seres vivos, cuando se les pregunta algo no saben contestar. Asimismo, existe una carta que Alejandro de Macedonia le envió a Aristóteles en la que le reprocha haber mandado hacer varias copias de su *Metafísica*, pues todos podrían saber lo que antes sólo conocían los elegidos. Aristóteles le contestó que su tratado había sido publicado y no publicado, pues consideraba que un libro no era capaz de exponer totalmente un tema, y más bien constituía una especie de guía para acompañar una enseñanza oral. Pitágoras también desconfiaba de la letra escrita y de hecho, no dejó una sola línea. El texto, para él, impedía el desarrollo y vida de las ideas porque ataba al pensamiento.

Esta concepción del libro y sus funciones –tan distinta de la nuestra-, nos permite entender el desarrollo y la importancia que tuvo en la cultura griega el llamado arte de la memoria, que para la vida moderna carece de importancia, pero en la época anterior a la imprenta cumplía una función vital.

Según cuenta Cicerón en *De oratore*, el poeta griego Simónides de Ceos fue el inventor de los principios de una técnica que permitía al orador memorizar larguísima discursos con infalible precisión. Esta técnica –descrita con detalle por Quintiliano- consistía, primero, en imprimir en la memoria una serie de lugares, por lo común de tipo arquitectónico. Así, la intención era recordar un edificio, tan espacioso y variado como fuera posible, sin omitir los adornos y estatuas que decorasen las habitaciones. Una vez hecho esto, las imágenes por las que el discurso debía recordarse se colocaban en los espacios del edificio: rincones, nichos, arcos, etcétera. Cuando era preciso reavivar la memoria e los hechos mientras pronunciaba su discurso, el orador antiguo se iba desplazando ordenadamente –en su imaginación- a través del edificio, sacando de los lugares memorizados las imágenes que había depositado en ellos.

Las fuentes clásicas describen técnicas internas que dependían de impresiones visuales de extraordinaria intensidad, ya que la invención de Simónides no sólo consideraba la importancia que tiene el orden para la memoria, sino también el hecho de que la vista es el más vigoroso de todos los sentidos. Así entonces, el arte de la memoria era concebido como un alfabeto interno: quienes conocieran sus letras podían escribir lo que se les dictara y leer lo que hubieran escrito. Un desconocido maestro de retórica que vivió en Roma alrededor de los años 86 a 82 antes de Cristo decía que “los lugares son muy parecidos a tablillas de cera o papel, las imágenes son como letras, la colocación o disposición de las imágenes como el guión, y la dicción es como la lectura”.

Si bien entre los griegos existió esta desconfianza por depositar los conocimientos, reflexiones y creaciones artísticas en tablillas de cera o papiros y, de hecho, el arte de la memoria siguió siendo practicado en la tradición hermética del Renacimiento e incluso por algunos filósofos del siglo XVIII, el libro constituyó, a lo largo de muchos siglos, el principal instrumento para preservar los conocimientos y la memoria individual o colectiva.

Es importante señalar que al mismo tiempo que el uso del rollo de papiro y del códice de pergamino prosperaba en el Imperio Romano, heredero de la cultura griega, en China se produjo un invento que posteriormente sería capital para la historia del libro de Occidente: el papel, que resolvió el problema del alto costo que implicaba la utilización de seda como material de escritura. En el año 105 después de Cristo, T'sai Lun inventó el papel a partir de diversos materiales como cortezas vegetales, restos de tejido de algodón y viejas redes, entre otros. Durante casi 700 años se conservó el secreto de su fabricación, pero una vez que los árabes conocieron la fórmula –luego de tomar como prisioneros a fabricantes chinos de papel- ésta se difundió a través de su imperio y llegó a Europa hacia el año 1100.

Tras la caída del Imperio Romano y el triunfo del cristianismo fue la iglesia romana, con sus comunidades religiosas y sus instituciones eclesiásticas, la que llevó la iniciativa en el mundo del libro. A fines del siglo V y

principios del VI, Casiodoro fundó al sur de Italia un monasterio en el que estableció una especie de academia cristiana. Ahí los monjes servían a Dios estudiando y copiando textos, no sólo de literatura eclesiástica, sino también profana, griega y romana. La orden de los benedictinos fue la que se dedicó con mayor entusiasmo y disciplina al libro.

Posteriormente, la cultura renacentista estuvo marcada por una gran sed de conocimiento. El libro y la escuela se convirtieron en sus principales transmisores. El viejo códice medieval resultaba ya inadecuado para la nueva tarea de difusión: su característica letra gótica —a la Eneas Silvio Piccolomini comparó con serpientes y patas de mosca— entorpecía la lectura, por lo que fue sustituida por la letra cursiva humanística, ya que su escritura tenía rasgos más limpios y, en consecuencia, permitía una lectura más ágil y rápida.

En Occidente, la invención a mediados del siglo XV de la impresión con tipos móviles —atribuida a Gutenberg— abarató los costos de producción y permitió que el libro penetrara en círculos cada vez más amplios de lectores. Todo ello hizo surgir una nueva concepción y función del libro: su posesión ya no estuvo reservada al sabio solitario, al príncipe y al fraile del convento; comenzó a encontrarse en las escuelas, en las cortes, en los conventos y en las universidades. Esta concepción es la que todavía prevalece en nuestra sociedad, si bien los medios masivos de comunicación ocupan cada vez mayor espacio y van ganando terreno al libro. De vez en cuando se escuchan predicciones pesimistas que aseguran que el libro, en un futuro cercano, habrá concluido su función, derrotado por los periódicos, el cine, el radio y la televisión. El hecho de que cada vez más gente sólo lea periódicos, revistas o comics es innegable, así como que el cine, la televisión y el radio ocupan gran cantidad del tiempo libre, en detrimento de la lectura. Sin embargo, como se apunta en la introducción de este trabajo, existen razones para afirmar que el libro todavía tiene mucha vida por delante y continuará desempeñando un papel indispensable e insustituible en la educación y la sociedad modernas.

La biblioteca

Paralelamente al desarrollo del libro, y a medida en que el material escrito se multiplicaba, se hizo necesaria la construcción de recintos que albergaran los acervos. Desde la antigüedad hasta la época contemporánea, la biblioteca ha sido el lugar donde se conservan, ordenan, clasifican y consultan los materiales bibliográficos.

Por supuesto que también las bibliotecas han cambiado mucho desde sus orígenes y ahora contamos con algunas que disponen de los más avanzados sistemas de información para brindar al usuario un mejor y más rápido servicio. Sin embargo, resulta interesante revisar brevemente estas transformaciones y valorar las posibilidades que ofrece su conocimiento y uso para la vida escolar.

La biblioteca más célebre y grandiosa de la antigüedad fue la de Alejandría, en Egipto. Al principio se trataba de una especie de comunidad religiosa que se reunía en el templo de las musas, el Museion, dedicado a la enseñanza y la investigación. A lo largo del siglo III antes de Cristo se transformó en una gran biblioteca que albergó literatura griega y traducciones de textos egipcios, babilonios y otros de la antigüedad. Su finalidad principal era la recopilación de la totalidad de la literatura griega en las mejores copias posibles, así como su clasificación y comentario. Se calcula que la colección principal de esta biblioteca constaba de unos 70 000 rollos de papiro, en tanto que la menor, resguardada en el Serapeion, unos 45 000 . Esta biblioteca fue destruida por el fuego alrededor del año 391 después de Cristo, cuando los cristianos, bajo la guía del arzobispo Teófilo de Antioquía, destruyeron templo de Serapis.

Cuando los romanos constituyeron su imperio y se apropiaron de los frutos de la cultura griega, también hicieron suyas las tradiciones griegas relacionadas con el mundo de los libros. Alcanzó un gran desarrollo su comercio, y las librerías, que se encontraban en las vías de mayor afluencia, se convirtieron en punto de reunión de poetas y sabios. Se sabe de la existencia de un gran público lector en ese entonces, por lo que se contaba no sólo con lujosas bibliotecas privadas, sino también con bibliotecas públicas. La primera biblioteca pública en Roma se estableció en el año 39 a. C. en el templo de la Libertad; posteriormente se construyeron dos más: la Palatina y la Octaviana. Como la Biblioteca de Alejandría, estas últimas también fueron destruidas por el fuego.

Con la caída del imperio romano comenzó una época crítica para las bibliotecas, ya que debido a las persecuciones de los cristianos iniciadas por el emperador Diocleciano en el año 303, en Italia muchas de ellas fueron destruidas total o parcialmente. Los monasterios cristianos, en los que las primeras comunidades religiosas se habían congregado, poseían colecciones de libros. Tras las invasiones bárbaras, la influencia de la iglesia, especialmente la de Roma, fue adquiriendo cada vez mayor importancia en el mundo del libro. A lo largo de toda la Edad Media la iglesia constituye el agente dominante en este terreno y es también factor decisivo en la conservación de parte de la literatura clásica, que había sufrido los estragos del fin del imperio romano.

La propagación de la industria editorial en el Renacimiento produjo la multiplicación de las bibliotecas en todas las ciudades. Pero la biblioteca renacentista se distinguió de la medieval no sólo en el aspecto exterior de los

libros, sino, principalmente, por la riqueza y la novedad de los autores de su colección: ahí, a disposición del lector, se encontró una nueva educación y una nueva cultura. La biblioteca renacentista sale del claustro; se manifiesta en grandes proyectos, como el de Nicolás V (1397-1455), quien intentó crear una biblioteca modelo que reviviera la fastuosidad de la de Alejandría. Pero especialmente lo hace a través de las bibliotecas de los maestros de escuela, de hombres de letras, frailes y civiles, y de hombres libres habitantes de los burgos que participan apasionadamente en la polémica del mundo que se transforma y al que contribuyen a transformar.

Desde entonces las bibliotecas han continuado con esta labor de recepción y difusión del cada vez más vasto material escrito. Indudablemente, desde hace más de siglo y medio la creciente investigación científica y humanística, así como la producción de obras literarias y artísticas han constituido la base para el desarrollo de estos espacios. Sin embargo, el progreso de la biblioteca moderna no se manifiesta únicamente por el incremento en las existencias de libros y la incorporación de nuevos métodos de almacenamiento de la información, sino por la aparición de una concepción de la biblioteca como una institución pública cuya intención sería la de constituirse como centro vivo de la difusión de la cultura.

No hay que olvidar que la biblioteca, además de poner a disposición de los usuarios una vasta colección de material impreso e informaciones diversas, constituye el marco físico por excelencia para la realización de la lectura. A los muchachos que no quieren o no pueden comprar los libros escolares, la biblioteca les ofrece los textos y el espacio adecuado para leer, así como la posibilidad de prestarse a la aventura intelectual.

Es conveniente llamar la atención sobre el hecho de que las condiciones materiales, físicas, en que se realiza la lectura determinan la relación que se establece entre lector y texto y, por supuesto, intervienen en el resultado final del proceso. Estas condiciones materiales se refieren tanto a las diversas situaciones en las que puede encontrarse el lector en el momento de la lectura (sentado, acostado, de pie) como a los determinantes ambientales en que ésta se lleva a cabo, esto es, si se realiza en un espacio cerrado o abierto, con iluminación natural o artificial entre otras.

Lo que resulta evidente es que el lector mantiene una relación con el conjunto físico donde lee, y establece, simultáneamente, una relación entre dicho conjunto y el texto escogido. Para leer un ensayo de filosofía, por ejemplo, buscaremos un espacio cerrado con buena iluminación, de tal suerte que podamos leer con cuidado y concentración, en tanto que si leemos un cuento, podríamos escoger un espacio al aire libre. Por supuesto que las combinaciones posibles están inscritas y determinadas por una formación cultural, social e individual. Porque conocemos lo que determina la lectura, buscamos el lugar y el momento que suponemos, los textos exigen; creemos que ciertos textos no pueden ser leídos de cualquier modo y por eso calculamos cuál es el lugar o el momento adecuados.

Por lo anterior, resulta recomendable poner atención en que la biblioteca constituya, hasta donde sea posible, un espacio acogedor, agradable, donde existan las condiciones apropiadas para lograr la concentración. El conocimiento y uso de la biblioteca escolar es fundamental para la vida académica de todo estudiante. Es

importante que se sienta estimulado para que la visite, entienda cómo está organizada, qué servicios puede obtener y cuáles son los requisitos para ello. La biblioteca escolar ofrece a los estudiantes los materiales bibliográficos que le permiten adquirir y ampliar sus conocimientos en las disciplinas de las asignaturas del plan de estudios.

La lectura

Podemos definir la lectura como una relación que se establece entre lector y un texto. El texto aparece ante el lector como un objeto de escritura en estado de reposo, propuesto a la mirada para producir significados; se trata de una especie de estado de vacío que contiene, potencialmente, todo un universo de significaciones y que requiere de un lector para actualizarse. La lectura se inicia propiamente cuando la mirada transforma al texto en objeto de lectura, modificando, desde el principio, su forma. El lector tiene que realizar un proceso de decodificación del texto para, entonces, producir sentido y significación. Sin embargo, este último no es un proceso lineal: el lector, desde el principio, formula una hipótesis de significación que se ajusta y transforma a medida que la lectura avanza. A pesar de que pocas veces nos damos cuenta, cuando leemos constantemente estamos elaborando suposiciones sobre el significado de texto. El lector hace conexiones implícitas, cubre huecos, infiere y pone a prueba sus intuiciones.

El proceso de lectura siempre es dinámico, es un movimiento complejo que se desarrolla en el tiempo. La obra literaria sólo existe como un conjunto de esquemas que el lector debe actualizar. Para ello, durante la lectura el lector aporta un tenue contexto de creencias y expectativas a partir del cual evalúa las características de la obra. Al esforzarse por extraer del texto un sentido coherente, el lector no realiza un movimiento rectilíneo: las especulaciones iniciales generan un marco de referencias dentro del cual se interpreta lo que viene a continuación, lo cual, retrospectivamente, puede transformar lo que en un principio se entendió, subrayando ciertos elementos y atenuando otros. Al seguir leyendo se abandonan suposiciones, se examina lo que se había creído, se infiere y se supone en forma cada vez más compleja; cada frase u oración abre nuevos horizontes que serán confirmados o desechados por lo que viene después. Así entonces, la lectura se realiza, simultáneamente, hacia atrás y hacia delante.

El acceso al sentido del texto se completa cuando la hipótesis del lector, a través de reajustes sucesivos determinados por la aportación de datos nuevos deducidos del texto, mediante un ejercicio de ensayo y error, logra restablecer la coherencia. Es decir, entre el lector y el texto se establece una relación dialogística en los procesos de comprensión y producción lingüística.

De esta manera queda claro que mediante la realización de complejas operaciones el lector participa activamente en la construcción del sentido de un texto; sin embargo es necesario señalar que si mediante nuestras estrategias de lectura modificamos el texto, éste, simultáneamente, modifica al lector. Wolfgang Iser* destaca que la obras literarias permiten al lector un nuevo conocimiento crítico de sus códigos y expectativas habituales. La obra interroga y transforma los criterios cotidianos con que la abordamos, desautomatiza

nuestros hábitos de percepción y con ello nos obliga a tomar distancia de ellos. La obra literaria viola o transgrede las formas normativas de ver las cosas, poniendo al lector en contacto con nuevos códigos de comprensión. En el acto de leer, las suposiciones convencionales pierden su carácter familiar, al grado que el lector puede criticarlas y revisarlas. Para un crítico como Iser, lo que verdaderamente importa en la lectura es que profundiza la conciencia de nosotros mismos, logrando una transformación importante.

Por otra parte, aunque sigue la misma dirección, Hans-Georg Gadamer* llama la atención sobre el hecho de que el sentido de un texto, particularmente si se trata de una obra literaria, cambia de acuerdo con el contexto histórico o cultural en el que se realiza la lectura. Así, es posible extraer de la obra cada vez nuevos significados quizá nunca previstos ni por su autor ni por el público lector de la época. Para Gadamer, esta inestabilidad forma parte del propio carácter de la obra literaria. Cualquier interpretación responde a criterios históricos y culturales, por lo que es imposible conocer la obra tal cual es. Según este autor, toda interpretación de una obra no contemporánea consiste en un diálogo entre el pasado y el presente que nos pone en contacto con la tradición. En este sentido, afirma que toda comprensión es productiva, ya que equivale siempre a “comprender de otra manera”: es una realización del potencial del texto en el que se introducen nuevos matices.

* Wolfgang Iser. *The act of reading*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1976.

* Hans Georg Gadamer, *Verdad y método*, vol. I, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1984.

Como se desprende de lo expuesto, hablar de lectura supone la articulación de procesos tanto individuales como sociales. No debemos perder de vista que todo lector forma parte de una comunidad interpretativa que condiciona y orienta las expectativas de lectura. Asimismo, el significado de la lectura también se establece a partir de la relación del escrito con sistemas de significación más amplios, en los que se incluyen otros textos, códigos y normas tanto culturales como literarios. Todos estos elementos configuran los horizontes de expectativas, cuya función es servir como marco de referencia que da sentido a la lectura y, a través de ella, al texto. Sin este marco de referencia, ni las experiencias ni las observaciones u otras acciones podrían tener sentido.

Es preciso dejar bien claro que no todo texto se lee de la misma manera y que los propósitos de lectura son variados. Por ello es conveniente tener conciencia de las operaciones que intervienen en la comprensión de un texto para ahorrar esfuerzos y tiempo y hacer una buena lectura. Asimismo, es necesario tener presente una serie de factores que orientan la manera en que un individuo lee y comprende un texto dado: la formación escolar, la cantidad y tipos de lecturas previas, el papel que desempeña la lectura en un contexto político determinado, la disposición psicológica que se tiene de manera permanente o esporádica.

Todos los factores mencionados se conjugan para producir una percepción gradual del texto, es decir, la mirada que recorre el objeto de lectura nunca puede percibir la totalidad de éste, sino que sólo registra algunos aspectos y otros simplemente no los ve. La selección de elementos perceptibles por el sujeto lector no depende de su voluntad, sino que están íntimamente relacionados con lo que Noé Jitrik denomina ejes de lectura y que son el reconocimiento y la innovación. El lector percibe fácil y rápidamente aquello que reconoce, que se encuentra en su horizonte de expectativas, en cambio, se le dificulta percibir aquello que le es totalmente novedoso. En todo proceso de lectura estos dos ejes se combinan y nos permiten ir incorporando y reconociendo un número mayor de elementos en nuestro marco de referencias.

Toda lectura implica una red de procesos que tienden a configurar un objeto único que se percibe como totalidad, pero que se descompone en una pluralidad de campos que establecen, a su vez, relaciones fragmentarlas con diversos aspectos de la realidad.

En una lectura espontánea el lector puede llegar a entender lo que dice un texto, aunque ignore las alusiones culturales de que está lleno, pero esa comprensión será doblemente parcial porque se constituye fuera y al margen del campo concreto en el que el texto transcurre. Por ejemplo, es muy poco probable que perciben el fondo filosófico de un texto si no se tiene ningún conocimiento de filosofía.

La lectura espontánea cree percibir los contenidos de manera inmediata, como si la letra fuera transparente y en seguida se estableciera una relación directa con tales contenidos. Esta forma de percibir no puede ser absoluta, aunque se pretenda ignorarlo; la percepción sensible de la letra sí se produce: las letras se reúnen en palabras, éstas, a su vez configuran frases, párrafos, secuencias, páginas, libros. Hasta aquí concluye la percepción de la letra en su aspecto consciente, aunque lo que llamamos letra siga actuando por debajo y, de

hecho, determine la percepción del contenido. Por ello, no se llega a percibir nunca ni todos los contenidos ni todo el contenido de un fragmento que se pone ante los ojos. Lo poco del contenido que se percibe depende de una letra que se ve y que no es, tampoco, la totalidad de lo que se puede ver. Sólo se ve lo que está al alcance de la mirada, y dentro de ese campo se produce una segunda manera de ver, por reconocimiento y exclusión.

De esta manera queda claro que la lectura espontánea en realidad está condicionada y determinada, porque consagra el contenido como sustancia preexistente e inmodificable y considera la letra como vehículo transparente que carece de proceso. En otras palabras, la lectura se estaciona en vez de representar una actividad productiva.

La lectura espontánea puede ser una etapa inicial o punto de partida de otros niveles más complejos de lectura. Noé Jitrik establece tres tipos de lectura que deberían ser parte de un proceso completo: a) la lectura espontánea, a la que denomina literal y que, desde una perspectiva social, aparece como patrimonio de aquellos sectores de la sociedad que consideran que la lectura de un texto se agota en lo inmediato; b) la lectura indicial, que constituye un momento técnicamente transitorio, ya que si bien trasciende de la lectura literal, no da lugar necesariamente al tercer tipo de lectura, que es c) la lectura crítica, la cual se presenta como el tipo de lectura deseable a la que se debería tender socialmente.

Estos tres tipos o niveles de lectura se caracterizan de la siguiente manera:

Literal. Considera la letra como vehículo para la transmisión de un sentido inmediato y estima que todo lo que la lectura puede dar se encuentra en la superficie. Este nivel de lectura se preocupa por sus procesos y no establece conexiones entre los diferentes planos en que transcurren el texto y la lectura.

Indicial. Se propone cierta distancia respecto del efecto superficial del nivel anterior. En esta lectura se registran señales diversas, tales como observaciones al margen, subrayados, acotaciones, comentarios, exclamaciones, negaciones, etcétera, que toman la consistencia de indicios que aspiran a una organización superior. Este nivel de la lectura puede dar lugar a un desarrollo posterior, o bien permanecer como meras señales sobre un texto dado. En la lectura indicial se percibe la existencia de niveles más profundos de significación que van más allá de lo literal e inmediato.

Lectura crítica. Con este tipo de lecturas se culmina un proceso, ya que no ignora las etapas precedentes y pretende asumir una pluralidad de niveles tanto en la comprensión del objeto legible como en la conciencia sobre su propia actividad. La denominación de este nivel de lectura alude a una ampliación de las capacidades lectoras, lo que supondría, correlativamente, una conciencia mayor de la lectura. La lectura crítica es conciente porque es la única que se integra a un flujo total de significaciones, logrando una comprensión múltiple de lo que se lee y teniendo lazos con otras instancias de significación.

Todo lo anterior nos lleva a señalar que quienes tienen en sus manos la formación de las nuevas generaciones deben tomar en cuenta la importancia y complejidad que implica el proceso de lectura, con la finalidad de permitir a los estudiantes ejercitar sus habilidades lectoras y ayudarlos a realizar una lectura crítica.

El profesor debe partir de que el texto es la unidad de trabajo en la lectura, y que al leer se aplican estrategias que permiten reconocer lo que se ha dicho no sólo en el nivel de los referentes sino también en el de las relaciones de cohesión y de coherencia. Por ello, es necesario centrar la atención en los problemas de comprensión —tanto en el nivel del significado como en el de creación de sentido— de textos cuya variedad de organización interna y de propósitos comunicativos —informar, persuadir, recrear, etcétera— desarrolle en el estudiante una competencia textual más amplia que satisfaga distintas necesidades de significación en sociedad, al tiempo que propicie la reflexión sobre el proceso de la propia lectura.

Por último, vale la pena recordar que Marcel Proust consideraba la lectura como un estímulo exterior, una intervención foránea que permite a determinados espíritus ser capaces de descubrir en su interior auténticos tesoros: pensar por sí mismos y desarrollar su capacidad de creación. En esto consistiría, en última instancia, el objetivo central de la labor docente. Es tiempo de brindar a los jóvenes las herramientas necesarias para que, a través de la actividad lectora, puedan transformar a sí mismos y al mundo que los rodea.

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis, *Siete noches*, México, FCE, 1980.
- Dahl, Svend. *Historia del Libro*, México. Alianza-Conaculta, 1991.
- Fokkema, D.W., y Elrud Ibsch, *Teorías de la Literatura del Siglo XX*, Madrid, Cátedra, 1984.
- Fowler, R., *Para comprender el lenguaje*, México, Nueva Imagen, 1978.
- Gadamer, Hans Georg, *Verdad y método*, vol. I, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1984.
- Genette, Gerard, *Seuils*, Paris. Editions du Seuil, 1987.
- Iser, Wolfgang, *The act of reading*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1976.
- Jitrik, Noé, *La lectura como actividad*, México, Premia Editora, 1982.
- , *Lectura y cultura*, México, UNAM, 1987 (Biblioteca del editor).
- Osorio Romero, Ignacio, *Las bibliotecas novohispanas*, México, SEP, 1986.
- Proust, Marcel, *Sobre la lectura*, Valencia, Pre-textos, 1989.
- Quesada, Raúl, “Leer”, en *Discurso*, núm. 14, México, UNAM, 1993.
- Rall, Dieter, *En busca del texto*, Teoría de la recepción literaria, México, UNAM, 1987.
- Yates, Frances, *El arte de la memoria*, Madrid, Taurus, 1974.

Artículo extraído de *Didáctica de los medios de comunicación*, Lecturas, Programa Nacional de Actualización Permanente, SEP, 1998.